

Un delicado y doloroso tema

Francisco Valdés Nicolau

Tiempo atrás se puso sobre el tapete de la actualidad el problema de la «degeneración - de nuestra región. En distintos lugares, la Prensa de gran circulación atacó dicho asunto a raíz y so pretexto del libro *El mijaón de los casinos*, de Luis Chamizo. Nosotros vamos a abordar tan interesante tema, según la medida de nuestras fuerzas, porque le consideramos de suma importancia para todo aquel que se sienta ligado por los lazos del cariño al suelo donde nació y se desenvuelve la trayectoria de la vida.

¿Qué pape! ha representado Extremadura en la obra de la civilización española? Recorriendo las páginas del libro que con el título *Extremadura y España* escribió, en los primeros años del siglo, el documentado publicista López Prudencio, y no echando en olvido el discurso que pronunció al ingresar en la Academia de la Historia el que fué cronista de la región, D. Vicente Barrantes, cuyo tema fue: «La intervención de los extremeños en el reinado de Isabel I de Castilla», podemos darnos cuenta del esfuerzo regional en la obra global del pueblo español.



Ya en los albores de la historia patria nos encontramos con el sentimiento patriótico y nacionalista de aquellos bravos y guerrilleros lusitanos, ayudando a Viriato en su lucha contra la dominación venal y cruel de los pretores que Roma enviaba a España para explotarla. Más tarde vemos a Mérida convertida en centro de fusión de las razas aborígenes con la latina, coadyuvando a la obra legislativa de los Concilios; el mayor centro, más tarde, de resistencia a la dominación árabe. Pasan los años y nos encontramos con el egregio esfuerzo de los hidalgos extremeños para sostener y vigorizar las Ordenes militares de Santiago y Alcántara, a fin de poner un dique a las incursiones; de los auxiliares africanos de los árabes y asegurar el territorio de las «razzias», a que tan acostumbrados estaban musulmanes, sirios, mozárabes, bereberes y renegados, igualmente que durante la dominación visigoda los baugadas.

Pasemos al reinado de los Reyes Católicos. En él nos toparemos con la eficaz intervención de los frailes Jerónimos del Monasterio de Guadalupe y la nobleza extremeña tomando parte activísima en los altos negocios de la Corona, en cuyo siglo y el siguiente los nombres de los jurisconsultos Galíndez Carvajal, Luis Zapata, y Gregorio López; los literatos Torres Naharro -con Juan de Encina, padre del teatro nacional-, Garci Sánchez, Diego Sánchez de Badajoz y Luis Miranda; los artistas Morales y Zurbarán; los humanistas Arias Montano, Maldonado y Francisco Sánchez, llamado «el Brócense», y toda aquella pléyade de rectores y profesores de la Universidad de Salamanca, y más tarde, pasada la siesta de la raza de las postrimerías del siglo XVII y todo el xviii, vemos surgir en la centuria decimonona toda esa galería de primeras figuras en la política y en las letras, a cuya cabeza marcha aquel clérigo liberal que en las Cortes de Cádiz, con su rudo temperamento y su viril oratoria, combatía todo intento de ultramontanismo y absolutismo: D. Diego Muñoz Torrero.

Pero las dos direcciones primordiales, y de eterna recordación, de la raza extremeña fueron las conquistas: primero, engrosando las filas de los famosos Tercios que en Italia infundieron legendario respeto a la nación que los enviaba, con las hazañas de Ceriñola, Careliano y tantas otras, y después, en el reinado de los primeros Austrias, recorrieron los desconocidos mares y conquistaron -en un prolongado rasgo de epopeya- los dilatados territorios descubiertos, inicialmente, por el inspirado genovés.

La segunda dirección gloriosa de la población extremeña, fue la obra civilizadora de los misioneros en los territorios conquistados, cuya preeminente figura fue la de fray Juan de Plasencia, y cuyo sistema educativo-pedagógico, luego seguido por los ingleses en su expansión conquistadora, con tan amoroso entusiasmo describió el Sr. Barrantes en su mencionado discurso.

Es cierto, pues, que Extremadura -como ha demostrado López Prudencio- ha tenido una intervención importantísima, cuando no decisiva, en todas las grandes crisis y movimientos del desarrollo nacional.

De ello no es posible dudar, sin caer por esto en el panegírico. Lo que hoy se discute es si actualmente conservamos las mismas dotes y rasgos raciales o hemos perdido el antiguo vigor, encontrándonos en un estado de postración o degeneración, como se ha dicho y se dice con harta frecuencia. He aquí la cuestión.

Si damos crédito a lo que el médico extremeño, residente en Barcelona, D. Nicolás Amador, nos dijo en unos trabajos que publicó *El Diluvio*, diario de aquella hermosa ciudad, en réplica a ciertos juicios emitidos por el literato Angel Guerra sobre nuestra región, nuestro vigor racial no puede decirse que haya degenerado. Para afirmarlo se precisaría una estadística que pusiera de manifiesto un tanto alzado de gente extremeña con muecas mentales y corporales hereditarias, y esta estadística no se ha hecho.

Según el citado médico, no somos los extremeños «incapaces» para las labores del progreso y la vida cultural. Mas una cosa es la «incapacidad» y otra la «incompetencia», una relativa incompetencia manifiesta en algunos sectores sociales para realizar las urgentes obras sociales que tanto reclama la vida y prosperidad del pueblo extremeño, cuyas dos principales son: Combatir la malaria o paludismo y parcelar los latifundios o excesiva concentración de la riqueza rústica.

Pero no son estos los dos únicos importantes males que dañin y corrompen a nuestra región, que la falta de civismo, la ignorancia y conformismo de las clases sociales con el estado actual de cosas, la despreocupación de los que fueron representantes en Cortes, el absentismo y la pereza y aquella carencia absoluta de educación física, han ido tramando para sepultar al vigor racial del pueblo extremeño.

En España existe un 60 por 100 de analfabetos, siendo la provincia de Cáceres una de las que dan más contingente de ellos, no yéndole muy en zaga la de Badajoz. El número de carreteras y vías de ferrocarril que las cruzan es irrisorio, dándose casos de haber pueblos de importancia a 80 kilómetros de la vía férrea. Si se cuentan con los dedos de una mano el número de Granjas Agrícolas, puede ser que nos sobren de los cinco, cuatro, y eso tratándose de un país eminentemente agrícola. El número de escuelas es insuficiente en demasía. De los escasos establecimientos de beneficencia se cuentan horrores. Institutos económicos los desconocemos. Y así todo lo demás.

A buen seguro que no faltan hogaño nombres que puedan, pasados unos años, figurar en la historia al lado de los extremeños ilustres cuya memoria pasó a la posteridad. Pero esto nada dice en favor de la civilización y prosperidad de un pueblo. La cultura y prosperidad de un país se mide por el nivel medio de cultura y bienestar de todos sus habitantes. Y mientras tanto ese nivel medio de cultura sea ínfimo, aunque se destaquen vigorosas personalidades, Extremadura no rebasará los límites de la pobreza y la incultura.

¿Impotencia del Estado? ¿Repulsión por parte nuestra a todo lo que signifique acrecentamiento de bienestar espiritual? El tema es sobrado profundo para ser desentrañado en un trabajo de esta índole. Lo que sí ponemos de manifiesto es que en Cuba existió la malaria y la fiebre amarilla durante ciento treinta años de nuestra dominación en aquella isla, sin poderlas desterrar; y lo que nosotros no pudimos hacer en ese tiempo, los norteamericanos en ocho meses lo hicieron, merced a los trabajos de sus médicos y la política de sus gobernantes. Ni un comentario más por hoy sobre este delicado y doloroso tema.

Don Benito, Diciembre de 1923.

(El Financiero (Madrid), Diciembre de 1923. Suplemento Badajoz)